



La pandemia y la infodemia

Pablo Chaverri

pablo.chaverri.chaves@una.cr

Según una encuesta recién publicada, más de la mitad de la muestra (55.9%) informó estar de acuerdo con la afirmación de que la covid-19 "fue creada en un laboratorio", mientras que un 47% dijo estar de acuerdo con que el virus fue creado para "disminuir la población mundial", y un 48% estuvo de acuerdo con la frase de que el virus "es un arma biológica".

En resumen, cerca de la mitad de la población estaría de acuerdo con que el virus es el producto de una conspiración internacional, pese a no existir evidencia que así lo indique. Esta encuesta fue realizada en Costa Rica, la que según las pruebas PISA de 2018 está en el tercer lugar de Latinoamérica en comprensión de lectura, solo superada por Chile y Uruguay; es decir, que, si Costa Rica tiene uno de los tres mejores sistemas educativos de América Latina en cuanto a comprensión de lectura, entonces no es descabellado pensar que el resto de la región podría andar igual o peor en cuanto a sus posibilidades de creer teorías de la conspiración y noticias falsas, dada la relación entre esta credulidad y la débil comprensión crítica de lectura. Esto es grave, porque puede llevar a muchas

personas a tomar malas decisiones, por estar mal informadas.

Nuestra población es sumamente crédula porque ha sido educada para ello; si nuestros niños cuestionan ideas ampliamente creídas en su entorno o simplemente preguntan "¿por qué?", suelen meterse en problemas con sus mayores, para quienes el "responder" constituye por sí solo un irrespeto. Una vez que una creencia se ha establecido como verdadera y se legitima socialmente, es muy difícil cambiarla porque ayuda a satisfacer alguna necesidad. El tema clásico es el de la religión, que, pese a no tener ningún sustento empírico de sus clamores extraordinarios, es un sistema de creencias que forma parte de los valores centrales de muchísimas personas.

Es triste decirlo, pero esta ingenua credulidad ya está muy instalada en la población adulta, donde hasta cierto punto el daño ya está hecho y es muy complicado de corregir. Me parece urgente que la educación no solo incorpore la lectoescritura básica y la comprensión de textos, sino el pensamiento crítico sobre lo que se lee, pues es impresionante la facilidad con la que podemos creer información falsa, en parte por no estar entrenados para hacerle frente. Cuando encontramos información que es consistente con

nuestros valores y creencias previos, la damos por cierta más fácilmente; esto se conoce como sesgo de confirmación y se da cuando hay pocas posibilidades de cuestionarnos aspectos cruciales para verificarla, tales como: ¿es cierto esto que estoy leyendo?, ¿cita el texto las fuentes primarias en las que se basa?, ¿son estas creíbles y verificables?, ¿es el medio utilizado una fuente autorizada, independiente y libre de intereses en este tema?, ¿tiene la información evidencia de calidad que la respalde?, ¿es el texto internamente coherente y libre de contradicciones? Incluso frente a controles como estos, todos podemos ser engañados, pero las posibilidades bajan conforme mejor preparados y prevenidos estemos cuando nos informamos.

Así como se nos dice que cuidemos nuestra alimentación, también deberíamos cuidar las maneras en que nos informamos, pues nunca estuvimos tan informados, nunca tan continua y masivamente bombardeados por noticias falsas y teorías de la conspiración, la amplia mayoría sin sustento alguno. Un ejemplo del daño que producen las noticias falsas es el del movimiento antivacunas, basado en afirmaciones equivocadas sobre una supuesta correlación entre la vacunación y el autismo, que está llevando a muchas personas a no vacunar a sus hijos y esto al retorno de enfermedades que se daban

por erradicadas. De forma similar a como vivimos la pandemia, estamos viviendo una infodemia, que consiste en la sobrecarga y viralización de información, mucha de ella falsa, la cual puede ser tan peligrosa y dañina como la covid-19.

Mientras esperamos la aplicación de la vacuna contra la pandemia, también deberíamos preguntarnos: ¿cómo nos vacunamos contra la infodemia?, y aquí puede ser que la solución sea más compleja y requiera todavía más tiempo y trabajo que la vacuna contra la covid-19, pues estamos hablando de procesos sociales, culturales, cognitivos y emocionales muy difíciles de controlar y de los que todavía ignoramos mucho, pues mientras el virus es observable directamente, ¿cómo hacemos para observar conceptos abstractos como la mente, el entendimiento, las creencias y las motivaciones de las personas? Así como se invierte en investigación biomédica, es importante invertir en investigación sociocognitiva, para tratar de desentrañar, comprender y, ojalá, llegar a prevenir y contener las infodemias tan a la orden del día. Hacerlo seguramente llegará a ser considerado un asunto de salud pública.

(* *Académico del Ineina-Cide*)

Costa Rica ¿un país nosofóbico?

José Adrián Umaña Salas (*)

umanajoseadrian@gmail.com

El 6 de marzo de 2020 se registró en Costa Rica el primer caso positivo por covid-19 y desde ese momento empezó a propagarse hasta la actualidad. A raíz de esta enfermedad, ha surgido un problema denominado nosofobia que ocurre cuando una persona tiene miedo de contraer una enfermedad a futuro. Sin embargo, se pueden derivar otros problemas tales como la discriminación o el odio hacia las personas que han sido diagnosticadas como positivas con este virus.

Vivir este problema es un proceso complicado, ya que existe la posibilidad de que algunas personas no se relacionen ni

interactúen como lo solían hacer con sus familiares y amistades antes de contraer la enfermedad. Estos cambios en sus relaciones sociales se reflejan en el ámbito familiar, cuando se excluye algunos de los miembros, ya sea impidiéndoles la entrada al sitio donde se desarrolle alguna actividad o excluyéndolos de la lista de invitados. La problemática se manifiesta también en forma de burla, apodos, o incluso propinando un daño físico o material, y no solo afecta a quienes han contraído la enfermedad, sino también a las personas que se encuentran a su alrededor, como las amistades. Pero, la cuestión no se queda ahí, si no en las repercusiones que le generan a las personas que han sido infectadas, y que se manifiestan en ansiedad, depresión o enojo.

Desde una mirada sociológica se puede observar cómo, por medio de estas acciones, se considera a las personas que han sido diagnosticadas con covid-19 como el otro, observándoles con extrañeza y lejanía, sin posicionarse en el espacio en el que ellos se sitúan, ni en las experiencias que están pasando. De igual forma, las ven como una amenaza, ya que podrían enfermarse a sí mismos o a sus familiares, con el temor asociado de que puedan fallecer. Se puede visualizar una jerarquización de saberes, en donde se llega a colocar en una posición superior a las personas que no se han enfermado, pues se piensa que han seguido las normas sanitarias emitidas por el Ministerio de Salud al pie de la letra, mientras que a las personas

que han contraído el covid-19 se las juzga y coloca en una posición inferior porque se cree que no han acatado las normas sanitarias, sin saber las razones que mediaron para su contagio.

Es necesario hacer una introspección y analizar si hemos estado propagando este tipo de actos, y ponderar si a uno o un ser querido le gustaría vivir este tipo de experiencias. Este es el momento idóneo en el que las personas en vez de separarse más bien se unan ante la adversidad. Es importante posicionarse en el espacio en el que se encuentran los demás.

(* *Estudiante de Sociología-UNA*)